4460

MIGUEL DE ZÁRRAGA

EVA

COMEDIA

UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

9

EVA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL DE ZÁRRAGA

Estrenada en el TEATRO LARA el 3 de Mayo de 1906

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

AL ILUSTRE DRAMATURGO

D. Manuel Linares Rivas y Astray

Querido maestro:

En la primera página de mi primera comedia justo es que estampe el nombre de mi mejor amigo. A su desinteresada protección, á sus sabios consejos, á su cariñosa amistad, debo el haber visto representada **Eva.** *¿Cómo no dedicársela á usted cuando, por tales razones, la considero suya tanto como mía?...*

Siempre agradecidísimo,

Miguel de Zárraga.

Madrid-Mayo de 1906.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EVA (24 años).....	Sra. Ruiz.
TERESA (21 íd.).....	Srta. Rodríguez Menéndez.
MAGDA (39 íd.).....	Alba.
SRA. DE VALDÉS (52 íd.).	Sra. Beltrán.
CÉSAR (28 íd.).....	Sr. Calle.
IRIARTE (67 íd.).....	Simó-Raso.
DON RICARDO (55 íd.)...	Zorrilla.
HERMINIO (20 íd.).....	Barraycoa.
EDUARDO (26 íd.).....	Pacheco.

La acción en Madrid y en nuestros días. En invierno

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Saloncillo artístico y lujoso. Al foro, dos puertas; una á la izquierda, que conduce al jardín, y otra á la derecha al salón de fiestas del hotelito donde se supone la acción. En el primer término, á la derecha, puerta que conduce á la «serre». A la izquierda, una chimenea encendida. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

IRIARTE, y en seguida CÉSAR. Dentro, hacia el foro derecha, óyese preludiar un rigodón. Segundos después entra Iriarte por la puerta del jardín. Viste de frac. Decidido y preocupado se dirige al salón; llega á la puerta... y no entra. Distraidamente coge un libro de encima de un velador... y no llega á hojearle siquiera: lo deja sobre una silla. Al fin se sienta en una butaca y enciende un cigarrillo. Entra César por el salón, también de frac.

CÉSAR (Viendo á Iriarte, se acerca y le da un golpecito en los hombros.) ¿Soñando?

IRIAR. (Como si efectivamente despertase de un sueño.) ¿Tú aquí?

CÉSAR ¿Por qué no?

IRIAR. Pero dime, ¿qué es de tu vida? ¿Dónde estuviste? ¡Tres meses, noventa días con noventa noches sin saber de ti!

CÉSAR Estuve en el pueblo con mi madre. La pobrecilla quiso tenerme á su lado una temporada, y á su lado fuí.

IRIAR. Bien, hombre, bien.

678333

CÉSAR Después á Montecarlo... ¿Y á que no sabe usted quién me acompañó?

IRIAR. Lo suponemos todos: *esa*...

CÉSAR No.

IRIAR. ¿Y jugaste?

CÉSAR Sí. Me acompañó la suerte.

IRIAR. La suerte de *esa*... porque volverás sin un céntimo.

CÉSAR Tranquilícese usted. *Esa*, como usted la llama, se quedó en Madrid. La licencié. Ya voy diciendo ¡adiós! al pasado.

IRIAR. ¿Despedidas de soltero?

CÉSAR (Indiferente.) ¡Quizá!

IRIAR. ¿Muere el punto?

CÉSAR (Sonriendo.) ¿Quién no muere?

IRIAR. ¡Caramba, César, tu raza... si tienes hijos! (Animándose por momentos.) Fuiste como tu padre. Y no creas, cuando el pobre murió ya era hora... bastante *corrida* de que descansara... (Con misterio cómico.) ¡Habíamos trabajado tanto!... Fuimos compañeros de oficina. El era jefe de sección; yo oficial de cuarta clase: no pasé de los ocho mil. Pero en cambio, desde Madrid tuve que marcharme á cobrarlos en Barcelona, y de Barcelona á Cadiz, y de Cadiz á Pontevedra... Hasta que un ministro se compadeció y obtuve la cesantía. Ya no me trasladan; estoy en Madrid, no voy á la oficina, y sigo siendo oficial de cuarta clase... cesante.

CÉSAR ¡Pobre Iriarte!

IRIAR. No me compadezcas ahora. *Aquello* pasó. (Deja de oirse dentro el rigodón.)

CÉSAR Y sin familia...

IRIAR. ¿Para qué la quería? Después entré en un manicomio: en San Baudilio.

CÉSAR Una locura.

IRIAR. Sí... un destino. Y si un loco hace ciento, figúrate doscientos locos lo que harán... Contagiado, me puse á caza de mujer. (Transición.) En secreto: hay mujeres-minas. Magdalena es una. Y á propósito de minas. ¿Y tu futura? ¿Futura... perfecta? (Conteniéndose ante una mirada de César.) Su educación no pudo

ser más esmerada: en un convento. Allí, lejos del mundo, mal pudo respirar ambiente de impureza...

CÉSAR (Encogiéndose de hombros.) Y sin embargo yo la hubiera educado en otro medio. Quizá me equivoqué al pensar que la pureza de la ignorancia es un bien.

IRIAR. ¿Educación... mundana?

CÉSAR (Sin querer fijarse en la ingenua ironía del viejo.) Entre cuatro paredes, de celda ó de jardín, sintiendo cerca las alentadas de la vida, se envidia á los de fuera y se anhela... lo que falta. (Pausa.) Yo, sin preocuparme por necias mogigaterías, hubiera enseñado á Teresa el mundo, mostrándole el bien y el mal, la verdad y la mentira, lo eterno y lo que muere...

IRIAR. ¿Y si perdías su alma por enseñarle el mundo?

CÉSAR ¿Y si pierdo su alma y *su cuerpo* cuando lleven mi nombre? No dudo de Teresa; pero tiemblo al verla deslumbrada en el vivir que desconoce. Ese cambio brusco del convento al mundanal bullicio pudiera dañar el alma de la niña apenas improvisada mujer.

IRIAR. (Bajando misteriosamente la voz.) Tú prefieres la educación americana de la viudita, de la *señora de la casa*, de esa *demi*...

CÉSAR (Contrariado.) ¡Iriarte!

IRIAR. Perdona, chico. Pero confesemos que es un mirlo blanco: ¡una viuda soltera! Murió el marido cuando salían de la iglesia... De entonces datan sus ataques de nervios y el abuso del azahar...

CÉSAR Pero no las que ustedes llaman «sus excentricidades.»

IRIAR. Esas vienen de antiguo. Hija de un yanki...

CÉSAR Aunque de madre española.

IRIAR. Sí, pero salió al papá. Ahí tienes á tu futura.

ESCENA II

DICHOS y la SEÑORA DE VALDÉS con TERESA, por el salón

S. VAL. (Viste de etiqueta, como su hija. Saludando.) ¿Ustedes aquí?

IRIAR. No bailamos: éste, porque no le gusta; yo, por prescripción facultativa.

TER. (Que habrá saludado displicentemente.) A mí el vals me entusiasma, sobre todo después de los insípidos rigodones.

IRIAR. (Aparte.) ¡Malo!

TER. Ese mareo, ese aturdimiento, ese vertiginoso girar...

IRIAR. (Aparte.) ¡Muy malo!

TER. Embelesa.

IRIAR. (Aparte.) Peor.

CÉSAR (Irónico.) Por eso no bailamos nosotros; por no embelesarnos. (Teresa hace un visible gesto de desagrado, y se aparta de César, dirigiéndose al velador, donde coge un libro que hojea distraídamente. César, al principio impasible, acaba por acercarse á su novia, que le recibe con marcada sequedad. Ambos sostienen en voz baja indiferente conversación, como si estuvieran acostumbrados á sufrir continuo aburrimiento. Todo esto al mismo tiempo que Iriarte conversa con la Señora de Valdés.)

IRIAR. Preferimos charlar de pasados tiempos... De niño le tuve en mis brazos; de hombre me tendió los suyos. Desde que me casé y en Madrid nos encontramos, sólo vivo para él.

S. VAL. Y para Magda.

IRIAR. (Irónico.) También. Y como aún no tengo descendencia...

S. VAL. Es pronto.

IRIAR. Nunca es tarde. Pero mi antecesor tuvo más suerte que yo. El primer marido de Magda vió nacer un hijo... Yo no lo veré. Ya soy demasiado viejo para ver esas cosas en mi casa.

S. VAL. Y sin embargo se dan casos...

IRIAR. No, no; á mi edad vale más que no se den.

Me basta con César, el hijo de mi mejor amigo... y con Herminio, el de mi mujer...

S. VAL. Usted le quiere.

IRIAR. Quiero á los dos. Un poquitín más á César, que César vale más... Y no tenga usted celos, Teresita; *mi* César es de usted. (Ellos no le escuchan.)

S. VAL. Se quieren mucho.

ESCENA III

DICHOS y EVA

EVA (Entrando por el salón. Viste con refinada elegancia. Sus modales, quizá algún tanto libres, no llegan á traspasar los límites de moderna educación, por mundana que esta sea.) Señores... ¿Comienza la tertulia de los íntimos? (A César y Teresa, que se disponen á tomar parte en la conversación.) Siga, siga el amor... Pero, amigo Iriarte, ¿dónde estuvo usted esta noche? Desde las diez le estoy esperando. Tiene usted aburrida á la de Ruiz. (Se oye dentro un vals.)

IRIAR. ¡Señora, por Dios! A mis años...

EVA (Riendo.) Y á los suyos...

IRIAR. ¡Un hombre casado tener que divertir á una solterona tan... tan. .!

EVA ¡Chits!... Peor sería que estuviera usted soltero.

IRIAR. ¿Peor?

EVA Es preciso compadecer á los desgraciados. La de Ruiz se ve abandonada por la juventud...

IRIAR. Y por la vejez.

EVA (Gozando con el cómico terror de Iriarte.) Yo no puedo menos de buscarle una compañía...

IRIAR. ¡De la Guardia civil!

ESCENA IV

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. (Que viene del salón, se acerca á Teresa, ofreciéndola el brazo.) ¿Teresa?

TER. (Cambiando su habitual displicencia por momentánea alegría.) ¡Ah! ¡Eduardo!

EDUAR. El vals ofrecido.

TER. (A César.) Como tú no bailas... perdona.

CÉSAR (Con tono indefinible.) ¿Yo? (Y disgustado, ve alejarse á la pareja, que se interna en el salón.)

IRIAR. (A Eva, que se acerca á César.) ¿Quieren ustedes algo para la de Ruiz?

EVA ¡Desagradecido!

IRIAR. (A César.) Bien podías recomendar mi indulto.

S. VAL. ¡Qué bromista es este Iriarte! (Vase Iriarte acompañando á la Señora de Valdés, también por el foro derecha.)

ESCENA V

EVA y CÉSAR

EVA (Usando con César familiar confianza, en cuanto se quedan solos.) Venga usted acá, huraño incorregible; venga y cuénteme su eterno aburrimiento...

CÉSAR (Animándose ante las cariñosas familiaridades de Eva.) Ya está contado; es lo de hoy, lo de ayer, lo eterno...

EVA (Con tono ligero.) ¡Lo eterno! ¿Usted cree que hay algo eterno? Vamos á ver. Siéntese. (Ofreciéndole sitio junto á ella.) Aquí, cerca; más cerca... ¡Confesión! Deja de oirse dentro el vals.)

CÉSAR Acúsome...

EVA Así; muy bien.

CÉSAR Acúsome del imperdonable pecado de haberme aburrido en la gloria...

EVA ¿Usted en la gloria? En el limbo. Continúe el pecador.

CÉSAR De haberme aburrido... (Por ella.) lejos de un ángel.

EVA No olvide que los ángeles tienen alas y pueden volar...

CÉSAR Si no le retengo con mis súplicas.

EVA Por si acaso, no suplique.

CÉSAR (Cambiando de tono.) Eva, ¿si usted quisiera á un hombre, le atormentaría?

EVA ¿Atormentarle yo?

CÉSAR Pues yo sufro tormento... y me pongo en ridículo.

EVA Pero, ¿por qué sufre usted? ¿Acaso Teresita no le quiere?

CÉSAR Quererme, sí; lo dice por lo menos. Pero hay entre los dos muchas, ¡demasiadas!, nimiedades que nos separan, y nos separan bruscamente. ¿Recuerda usted la frase de Iriarte? «El vals es un velo tendido á la impudicia...»

EVA ¡Bah, cosas de Iriarte!

CÉSAR Y celos míos.

EVA ¿Celos?... ¿De quién?

CÉSAR De cualquiera: no puedo sufrir con calma que haya quienes, con el pretexto del baile, abracen impunemente á la que va á ser mi esposa. La sociedad, incomprensible siempre, conserva su conciencia elástica, y censura virtudes, cuando no ampara vicios. Ahí tiene usted á Teresa: ¿la critican por gozar el abrazo de los hombres al compás de amorosas melodías? ¡No! Me critican á mí que lo censuro.

EVA Teresa es libre, y la libertad ha de ser siempre respetada.

CÉSAR La libertad, sí; cuando no desdora.

EVA ¿Dónde está el desdoro?

CÉSAR En el pensamiento del novio ó del marido, cuando la novia ó la esposa, por puras que sean, son estrechadas por los brazos de otro hombre.

EVA (Internamente complacida por lo que escucha.) ¿Y no hay desdoro en que usted me galantee, olvidando acaso que Teresa tiene el derecho de sus celos? Los hombres son ustedes sencillamente presuntuosos; ellos no pecan; las

mujeres, sí. Y en nosotras llaman crimen á lo que en ellos sólo consideran como perdonable falta.

CÉSAR ¿Qué maldad puede haber en mis galanteos?

EVA La misma que en los de Teresa con sus admiradores.

CÉSAR No, no es la misma. La mujer...

EVA (Interrumpiéndole, satisfecha de provocar esta discusión.) La mujer es inferior al hombre, ¿verdad? La mujer no tiene más alma que la que sus adoradores le prestan, y por lo tanto, ni goza, ni siente, sino á capricho del hombre...

CÉSAR (Sonriente y admirado ante la convicción de Eva.) ¿La defiende usted?

EVA Defiendo mi derecho.

CÉSAR Le defenderemos.

EVA ¿Al fin?...

CÉSAR Cuando las madres den otro rumbo á las educaciones de sus hijas. ¿Libertad pidió usted? Libertad tendrán. Pero como la que yo hubiera dado á Teresa. «Ved el mundo, conoced sus flaquezas, sin probarlas, y pensad.»

EVA Y no dudéis de nosotras, ni humilléis nuestras almas... A la mujer para ser buena le basta con querer ser buena. ¡Para ser mala!..

CÉSAR Lo sé: ni cerrojos, ni candados. Por eso es necesario que se la eduque, y no con mogigaterías ridículas, que aun sinceras...

EVA (Sin jactancia.) De mí no dirán que fuí mogigata. Murió mi madre cuando yo era muy niña todavía... Apenas si tuve otra institutriz que mi capricho, ni más ley que mi libre voluntad. Mi padre, con sus negocios, ganando millones: yo los gastaba. De todo tuve...

CÉSAR Incluso marido.

EVA Un marido... para que fuese viuda.

CÉSAR Sí, ya sé que murió cuando ustedes salían de la iglesia: se interpuso Dios.

EVA Merecía usted haber sido el novio.

CÉSAR Aunque lo hubiera sido para encontrar la

muerte, el serlo, bien valía la pena de morir.

EVA — Si le oyese Teresa...

CÉSAR — (Pesaroso ante la realidad.) ¿Por qué recordarme á Teresa? Teresa no es como usted.

EVA — No. Es más que yo.

CÉSAR — ¡Eva!...

EVA — La elegida es siempre más que todas las mujeres juntas.

CÉSAR — Esa mujer era Teresa.

EVA — Es.

CÉSAR — Déjeme usted decirlo á mí. Era Teresa, la niña educada en la ignorancia... Pero los que ignoran contra su voluntad, cuando quieren saber aprenden pronto ¡y aprenden mal!

EVA — Yo empecé á aprender desde muy pequeña. Tertulia de hombres solos era la tertulia de mi padre. La vida, nuestra maestra de siempre, á la fuerza enseña. Y de las mujeres, unas, como Teresa, aprenden tarde; otras, como yo, conocen previamente.... lo que para mí es aun desconocido... Elija usted. ¿Cuál de las dos valdrá más? O diciéndolo en esa forma general conque ustedes nos tratan: ¿cuál de las dos valdrá menos?

CÉSAR — ¡Eva!...

EVA — (Sonriendo indefiniblemente ante César que la escucha confuso.) Si quiere usted consultar á las varillas de mi abanico...

CÉSAR — Eso es un juego.

EVA — Todo, amigo César: las preguntas... y los matrimonios...

ESCENA VI

DICHOS, MAGDA, DON RICARDO, HERMINIO y luego IRIARTE

MAG. — (Entrando por la puerta del jardín, apoyada en don Ricardo y seguidos ambos de Herminio. Los tres de etiqueta. Saludando.) Eva... César...

IRIAR. — (Viniendo del salón y dirigiéndose á don Ricardo.) ¡Señor subsecretario!

RIC. Amigo don Juan... He tenido el honor de acompañar á su esposa...

HER. Como todos los jueves. Vive tan cerca de nosotros, que no le causa molestia traernos en su coche.

MAG. (Por su marido.) Este es incapaz de esperarnos.

IRIAR. ¿Para qué? Yo vengo dando un paseíto, y á vosotros os traen. Así venimos todos más anchos.

MAG. (Aparte, nerviosa.) ¿No callarás?

EVA Yo con el permiso de ustedes...

MAG. No faltaba más. Nosotros somos de casa...

IRIAR. (Aparte.) Y boca.

EVA En el salón estoy. (Vase con César que la ofrece el brazo, por el foro derecha.)

ESCENA VII

DICHOS menos EVA y CÈSAR

HER. Ea, ya estamos en la coquetona morada de nuestra ilustre amiga la encantadora Eva York, viuda de Gómez-González, el que en vida fué heroico y pundonoroso...

IRIAR. (Interrumpiéndole.) ¿Empezamos con los adjetivos? No puedes evitarlo, siempre dejándote adivinar gacetillero de oficio: á todas horas abusando de *clichés* de rotativa...

MAG. ¡Pero hombre!

IRIAR. Sí, mujer, sí. Ante todo franqueza. Me molesta escuchar ese lenguaje de incienso, que solo sirve para que sepamos que son elocuentes *todos* los oradores, bizarros *todos* los militares, ilustres *todos* los políticos...

RIC. No tanto, Iriarte, no tanto...

HER. Hay excepciones.

IRIAR. Concedido. Desde hoy será para mi «distinguido periodista» nuestro joven revistero de salones de *High-life*...» ¿Quédan ustedes satisfechos?

MAG. (Pellizcándole disimuladamente.) ¡Calla, insoportable!

IRIAR. Y, naturalmente, no tendré reparo alguno en considerar como «excesivamente bondadoso protector» á nuestro amigo don Ricardo.

HER. Yo le debo toda mi carrera.

MAG. Como tu pobre padre (que en paz descanse.)

IRIAR. ¡Ah, si todos los acreedores fuesen como usted!

RIC. ¡Por Dios, Iriarte!

HER. (Aparte á su madre.) ¡Y papá que prefería no deberle nada!...

MAG. (Sintiendo el latigazo.) ¡Niño!

IRIAR. Es usted demasiado bueno, ¿Y tendrá usted muchos deudores, verdad?

HER. ¡Claro! (Aprovechando esta ocasión para soltar su correspondiente discurso.) Cuando los amigos han llegado á la cima de sus aspiraciones, cuando están en la cumbre del poder, cuando se encuentran en el pináculo de la omnipotencia, contraen la obligación moral de proteger y de servir en algo, á todos aquellos que con su grano de arena formaron la base, los cimientos sobre que se eleva el cúmulo de su fama!

IRIAR. ¡Bravo, bravísimo, muy bien, *inconmensurable* Herminio!

MAG. ¿Ustedes se quedan?

IRIAR. Yo, no; me espera la de Ruiz; la entretengo mucho...

HER. Yo voy á entrar un momento en el salón; tomaré unos cuantos nombres, y al periódico á escribir la revista. Volveré.

RIC. En ese caso, reitero á Magda mi compañía.

MAG. A propósito de compañías... ¿Hizo usted mi recomendacion en «La Electricista»? ¡Ya sabe usted que necesito esa plaza de Tenedor para mi sobrino Enrique!

RIC. Espero ser atendido; pero yo no quiero asegurar...

MAG. Usted lo puede todo. ¡Para algo han de servir los buenos amigos!

IRIAR. (Aparte á Herminio.) Ya la tomó tu madre con los buenos amigos.

MAG. Y á éste (Por su hijo.) necesito que le suban el sueldo en el Ministerio.

IRIAR. Pero si no va por allí...

MAG. No tiene tiempo. Y si no temiera abusar...

RIC. Usted no abusa nunca.

IRIAR. (Aparte.) ¡Nunca!

MAG. Es un pequeño favor... Quiero una carta de recomendación para presentarme al Ministro de la Guerra... Voy á pedirle que me deje un soldado: he despedido á la doncella y me gustaría tener asistente...

IRIAR. ¡Esta, el día menos pensado, pide un obispo para ella sola!

RIC. Hará bien: para muchos ya lo tenemos todos. No sé si podrán complacer á usted...

MAG. Podrán.

HER. Si mamá se empeña...

IRIAR. (Aparte.) ¡Ni de balde la quieren!

MAG. A una señora no se la debe negar nada.

IRIAR. (Aparte. Saltando por momentos.) ¡El uso de la palabra!

HER. Y desde casa del Ministro puedes ir á ver al director de «La Revista Azul».

IRIAR. (Paseándose nervioso.) ¡Otra víctima!

RIC. Si quiere usted otra carta para ese caballero...

MAG. No, gracias; le trato con relativa confianza... Me le presentaron el sábado en casa de la Marquesita del Césped... Sólo pretendo recomendar á Herminio para que le paguen los artículos...

IRIAR. (Harto ya) ¡Prefiero á la de Ruiz! ¿Vamos Herminio? A cambio de tu sabroso chismorreo, te ofrezco notas para una comedia de costumbres... (Dirigiéndose con Herminio hacia el salón.) ¡de buenas costumbres!

RIC. (Ofreciendo el brazo á Magda y saliendo con ella.) ¿A la *serre?*

MAG. A la *serre.* (Vanse por la primera derecha.)

ESCENA VIII

TERESA y EDUARDO. Vienen del salón, algunos segundos después de abandonar la escena Magda y don Ricardo, apoyada ella en el brazo de Eduardo. Al encontrarse solos, se detienen bruscos, notándose en sus rostros y ademanes extraordinaria alteración. Los dos hablan en voz baja, nerviosos, pero sin descomponerse

TER. No, no; no tengo valor para tanto. Quererte, sí; te quiero...

EDUAR. Pues ven.

TER. Abandonarlo todo, despreciarlo todo por seguirte, es mucho... No me atrevo.

EDUAR. Digiste que vendrías...

TER. Lo dije, sí, lo dije y estaba decidida; pero mi madre...

EDUAR. Ya sabes cómo piensa: para poder casarnos es preciso esto.

TER. ¡Y qué dirá César!

EDUAR. ¿Le quieres?

TER. Le engañé cuando le dije que sí, y ahora es tarde para deshacer el engaño.

EDUAR. No. Habla con él; buscas un pretexto, le devuelves su palabra, y... ¡ven!... (Cogiéndola una mano.)

TER. ¡Suelta!... ¡Me estás comprometiendo!...

EDUAR. ¿Vendrás?

TER. No, no; hoy, no...

EDUAR. Sí, luego. A las doce...

TER. No, Eduardo...

EDUAR. Sí, vendrás... ¡Te espero! (Se dirige al jardín, después de saludar á Teresa con fingida etiqueta que contrasta con la brusquedad de sus palabras.)

ESCENA IX

TERESA, EVA y CÉSAR

EVA (Entrando del brazo de César por el primer término derecha, al mismo tiempo que dentro preludian otro rigodón.) Teresita... ¿Sola?

TER. (Dominando su agitación y con extremada finura que vela su anterior brusquedad.) Esperaba á César... Le dejé aquí...

CÉSAR Y aquí me tienes.

EVA Le entretuve. ¿Me perdonan?

TER. No soy celosa.

EVA Ni es la ocasión.

CÉSAR (Dando el brazo á Teresa.) Te ofrecí un rigodón.

EVA Su baile.

CÉSAR Porque apenas si parece baile. (Aparte á Teresa.) Necesito hablarte.

TER. Vamos. (A Eva con tonillo de enigmática ironía.) Se le devuelvo en seguida.

EVA (A Teresa, que se aleja con César hacia el salon.) No, no; le pertenece... (Con disgusto que no disimula al encontrarse sola.) ¡Le pertenece! (Y en sus ojos se refleja la enconada pena que quizá comienza á comprender. Iriarte, que apareció por la puerta del jardín á tiempo de ver cómo se alejaban César y Teresa, cruzado de brazos, contempla á Eva que no le ha visto.)

ESCENA X

EVA é IRIARTE

IRIAR. ¡Aquí sí que hay drama!

EVA (Volviéndose ligeramente asustada.) ¡Iriarte!

IRIAR. (Con seriedad cómica.) Drama íntimo donde la sangre se transforma en lágrimas que mueren al nacer...

EVA (Reponiéndose de su pasada emoción, y con tonillo de ligereza mundana.) Sangre... lágrimas... ¿Todo eso vislumbró nuestro dramaturgo inédito?

IRIAR. Quizá más... Tanto, que me decido á ofrecerla un consejo: váyase á la Argentina, y vuelva después, cuando la nube pase. Terminen con arte esta comedia humana: dos apretones de manos. A Teresa, rudo, con amistad leal, inquebrantable aun ante la serpiente. A César, suave, vibrando de pasión, que se reflejará en los ojos... Un adiós sentido, ¡y allá!

EVA (Tomando á broma las genialidades del viejo.) ¿Sola?

IRIAR. Sola, Eva, ¡y sin volver la vista á la manzana!

EVA Pero, venga usted acá, hombre de Dios. ¿Quién le llenó el cerebro de visiones?

IRIAR. ¿Visiones? Realidades. ¡Aquí sí que hay drama, repito! Drama en usted, en César, en Teresa, en todos..

EVA Callemos el mío.

IRIAR. (Bajando la voz.) Y el caso es grave... ¡El drama de Teresa! Herminio, que es un libro abierto, me lo acaba de completar con sus indiscreciones. Teresa, la niña mogigata... (Deja de oirse dentro el rigodón.)

EVA (Con miedo á las visiones de Iriarte.) No invente, por Dios, ¡se lo suplico!

IRIAR. Diré lo que sé; lo que he podido comprobar esta misma noche: Teresa es mala. (Pausa. Eva le escucha con creciente interés.) Teresita, educada entre cuatro paredes, aguzó los sentidos... Comenzó por aceptar los galanteos mímicos de cierto estudiantillo que, desde una tapia, la acechaba, cuando la niña bajaba al jardín... El era y es un romántico de conveniencia, sin otro oficio que el de galantear, ni más beneficio que el de amar *á destajo*: ella tropezó en la red. Y una noche ¡pobre César! sorprendieron á los tórtolos en el jardín. El, encaramado en la tapia; ella, buscando la escalerilla del jardinero, para escapar quizá.

EVA (Resistiéndose á creerlo.) ¿Pero es posible?

IRIAR. Y tan posible. Tuvieron que sacar á la niña del convento... Y Herminio dice...

EVA ¿Y por qué Teresa no se casa con el del jardín?

IRIAR. Porque él, práctico siempre, acaricia otro proyecto... Además, la madre de Teresa, que sería *el alma de la combinación*, pues tiene dinero, jamás autorizará una boda que bien puede llamarse de conveniencia... para el que pensara en ella.

EVA ¡Qué escándalo! ¿Y él?...

IRIAR. No sé. Herminio calla el nombre por pru-

dencia ó miedo... Conque, fíese usted de las educaciones. Y César no sospecha...

EVA ¡Pobre César!

IRIAR. (Como iluminado por repentina idea.) Usted puede salvarle. Yo no debo... Si usted se propone su salvación, él no ha de resistir mucho ni poco... Además, aun no estamos en vísperas de boda... ¡Déjese usted galantear!

EVA ¡Iriarte!

IRIAR. ¡Galantear tan solo! La cuestión es sacarle de la red.

EVA Sin enredarme en ella, ¿verdad?

IRIAR. (Con gesto cómico.) Después... Usted es joven, hermosa...

EVA ¡Viuda!

IRIAR. Mejor. (A César, que viene del salón.) Oye, chico; en tu busca marchaba. Eva dice... Vamos, Eva, dígaselo usted. (Aparte á Eva.) Viene trémulo. Sigue el drama. (En voz alta, marchando al jardín.) Yo... á estudiar.

ESCENA XI

EVA y CÉSAR

CÉSAR ¿Qué va usted á decirme?

EVA Nada. Son visiones de Iriarte. Dramas que se complace en suponer. (Pausa.) ¿Por qué dejó usted tan pronto á Teresa?

CÉSAR No lo sé...

EVA Es usted un chiquillo.

CÉSAR Y sin embargo, creo que lo sé.

EVA ¿Otro drama de imaginación?

CÉSAR Así empiezan todos... Iba de mi brazo, pero tan visiblemente nerviosa, que no pude menos de preguntarle: «¿Qué tienes, Teresa?» «Nada, nada...» Como usted, me contestó que no tenía nada que decirme.

EVA Y como yo...

CÉSAR ¿Mentía?

EVA ¡César!

CÉSAR Perdón, Eva. (Sonriendo con tristeza.) Si algún día llegamos á la verdad, ha de ser forzosa-

mente por el camino de la mentira...—«No tengo nada—me dijo Teresa—pero aparta, que nos miran...»—«¿Qué importa que nos miren?...» Y soltóse brusca de mi brazo y se fué á sentar en un sofá. Me senté á su lado. —«¿Por qué huyes de mí?»—Calló. Volví la vista para no atormentarla, y á mi alrededor noté sonrisas... Era ya la burla de los demás, interpretando nuestra situación, tal vez la mía sola...

VA ¿Y Teresa?...

ÉSAR Al fin encontró la razón ó la disculpa.—«No podemos seguir nuestros amores... Te acusan por tus ideas; por todo eso que llamáis radicalismo, y no es más que falta de religión...»

VA ¿Eso dijo?

ÉSAR A punto estuve de... Me contenté con mascullar: «¿Qué sabes de eso? Cerebro y corazón van juntos; si aquél avanza, éste más.» «Yo no puedo querer—terminó diciendo—á quien con sus palabras y con su pluma, escarnece mis más íntimas creencias...» Mordí la frase que asomó á mis labios... y aquí estoy. (Transición.) Hemos jugado á los novios, pero el juego acabó. (Pausa.)

VA ¿Tan grave es la herida?

ÉSAR Y tan honda.. que me entristece. No puedo evitarlo. Yo soñaba con unos ojos cuya luz primera iba á ser para mí, y en el placer inmenso de modelar el alma que se asomase á ellos. La venda cayó antes de que mis manos desataran el nudo, y la luz de fuera se mezcló con la propia luz, y tanta claridad, entrando de repente, envolvió purezas é impurezas en los mismos rayos y con idénticos reflejos.

VA ¿El ideal se humanizaba?

ÉSAR Sí, se corrompía. Cuanto más viejo, cuanto más desengañado el hombre, más afán tiene en buscar primicias y pudores.

VA ¿Romántico?

ÉSAR Ridículo.

VA Ese es el supremo temor de ustedes. No el

bien ó el mal, por ser malo ó bueno, sino el bien para que los demás no se burlen. El egoismo, la soberbia del macho...

CÉSAR Usted no comprende la dulzura inefable de guiar un alma.

EVA He debido comprenderla. Soy viuda.

CÉSAR ¿Y quiso usted?

EVA No basta querer; si bastara, más trajes de luto habría.

CÉSAR No es esa mi pregunta. Para casarse, ¿quiso usted á aquel hombre?

EVA Claro.

CÉSAR Tampoco es esa la respuesta aún. Más sobria, más categórica. «Sí le quise» ó «No, no le quise, le acepté solamente.»

EVA El derecho de buscar en lo pasado, no lo tiene más que el que cuenta con el presente.

CÉSAR Y yo...

EVA Eso es, y usted... ¿por qué me pregunta?

CÉSAR ¿No bastará la simpatía?

EVA Llamándola así, no.

CÉSAR El amor entonces.

EVA ¿Por Teresa?

CÉSAR No.

EVA Y como por mí no puede ser... no sé por quién.

CÉSAR ¿Y si lo fuera?

EVA ¿Por mí? Imposible. Ansiando usted guiar almas, la mía está muy lejos de la iniciación. Es muy tarde.

CÉSAR ¡Con qué asombro la escucho á usted, Eva! Que usted me rechace, sí, es muy posible... ¿Pero que yo no la quiera?... Los dos jóvenes, llenos de vida y de ansias no saciadas, ¿qué podrá ser tarde para nosotros? La vida no es del primero que llega, sino del que la domina, y en cualquier instante el triunfador es siempre el bienvenido.

EVA César... lleva usted bien el nombre de César.

CÉSAR Eva... usted fué la primera mujer.

EVA Yo, no... Otra Eva.

CÉSAR O usted... Son iguales... en el pecado.

EVA Pero á eso no llegamos.

CÉSAR Hablemos.

EVA Hablemos. Es la única manera de que ustedes nos conozcan.

CÉSAR ¿La única?

EVA En absoluto. Cuanta más experiencia creen ustedes tener, más sencillo es engañarlos. ¿Qué tiempo hace que usted me conoce?

CÉSAR Dos años.

EVA ¿Y me conoce usted algo? Ni siquiera sabe usted quién soy.

CÉSAR Eva York...

EVA Un nombre.

CÉSAR Viuda de Gómez-González.

EVA Otro nombre.

CÉSAR Perdone usted: dos apellidos.

EVA Se engaña usted: ninguno. — Cuando la muerte se llevó á mi padre... en la primera noche de soledad y de angustia, no pude cerrar los ojos, y abiertos, muy abiertos, fijos en el cielo, me pareció que las estrellas se agrupaban formando letras y formando nombres, como si estuviera mi porvenir escrito en la página inmensa de la noche... Pero, en ella, sólo pude leer: «España»: el nombre de la patria de mi madre; el nombre de la tierra donde algunos parientes vivirían, y con ellos su recuerdo...—Gracias á la protección de un antiguo compañero de mi padre arreglé mis asuntos, recogí letras para España, ¡y á España!

CÉSAR ¿Sola?

EVA Sola. Aquí en España no tenía más familia que unas tías de mi madre, vejetando en un pueblecito de Asturias. Viviría con ellas.

CÉSAR Pero...

EVA En Madrid, sola, no podría vivir, que la mujer no es respetada si no tiene con ella quien imponga respeto.

CÉSAR (Maquinalmente.) Una viuda...

EVA ¿Tengo aspecto de viuda? Pues sí, lo soy: *viuda... de mí misma.*

CÉSAR Entonces, su marido...

EVA No ha existido jamás. Mis dos tías, única familia conque contaba en el mundo, ya no

estaban en él... Yo quise vivir: soltera y libre no podía... Inventé un marido para pasar por viuda, ¡de cualquiera que no pudiese desmentirme! Los señores de Iriarte, á quienes venía recomendada, me recibieron, me lanzaron al mundo, ¡y aquí me tiene usted!

CÉSAR (Tristemente asombrado.) ¿Y puede ser cierto?...

EVA Necesitaba libertad, y como España se la niega á las solteras honradas...

CÉSAR ¿Luego Iriarte sabe?...

EVA Que soy viuda: las cartas que para él traía, rotas están sin haberlas entregado. Me presenté... *de palabra.*

CÉSAR (Inconscientemente.) ¡Pero eso fué una imprudencia!

EVA ¿Por qué no lo llama usted «salvaguardia»? Muertas mis tías, estoy sola en el mundo... Quiero ser honradamente libre.

CÉSAR Pero cuando se sepa...

EVA ¿Dejaré de ser honrada? (Pausa. Él, confuso, no acierta á responder.) ¡Basta, César! Dudar es ofenderme. ¿Y era usted el que quería llegar á la verdad?... Las verdades inesperadas, ¡cuán amargas son á veces!

CÉSAR (Queriendo excusarse.) Yo...

EVA (Sentida.) Como todos. ¡Tampoco lo esperaba!

ESCENA XII

DICHOS é IRIARTE

IRIAR. (Por la puerta del jardín con gran precipitación.) ¡Eva! (A César.) ¡Ah, tú!... ¡Mejor! (Muy agitado.) Pronto, pronto, ¡al jardín!

CÉSAR ¿Qué sucede?

IRIAR. (Empujándolo hacia la puerta.) ¡No sé!... Eduardo te espera en un coche... Quiere hablarte... ¡Vé!

CÉSAR (Con extrañeza.) ¿Eduardo?

IRIAR. Vamos, decídete... Si tienes miedo, te acompaño.

CÉSAR ¿Miedo?... ¿De qué?... Con su permiso, Eva. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XIII

EVA é IRIARTE

EVA — Eduardo... ¿Qué quiere ese Eduardo?

IRIAR. — (Misterioso siempre.) Eduardo Holguín... Es él... ¡El de Teresa!

EVA — ¿El de Teresa?

IRIAR. — A quien aguarda es á ella... ¡Lo sé!... Y por su impaciencia no es difícil presumirlo...

EVA — ¿Dónde está Teresa?

IRIAR. — En el salón estaba... Tal vez esté aún...

EVA — Vamos. Acompáñeme usted. (Vanse los dos hacia el salón.)

ESCENA XIV

HERMINIO por el jardín, y MAGDA con DON RICARDO por la primera derecha, momentos después de que salgan Eva é Iriarte

HER. — ¡Asombroso!... ¡Estupendo!... (A su madre y á don Ricardo, con alegre reserva.) Acabo de ver á Eduardo en un coche, que espera, y á Teresa que cruza el jardín. . ¡Se van!

MAG. — ¿Tú crees?

HER. — ¿Cómo dudarlo? ¡Si era de esperar! Lo mismo que... Mañana todo Madrid celebrará la fuga... ¡Qué éxito periodístico!

RIC. — ¡Qué vergüenza!

HER. — ¿Para quién? Y si me lo permiten, nada de iniciales. Clarito, clarito... El público tiene derecho á todo...

MAG. — A todo, no. Esas cosas no se hacen para el público.

HER. — Pero el público se hace para esas cosas. Conque, vamos; vamos á ver qué impresión les produce.

MAG. — (Yéndose con don Ricardo hacia el salón, y seguidos ambos de Herminio.) No cometas alguna impertinencia... Estos periodistas son atroces... Nada respetan... Ponte en el caso de esa desdichada.

HER. — ¡No!

ESCENA XV

CÉSAR y TERESA

CÉSAR (Saliendo por la puerta del jardín, con Teresa, á la que sujeta de un brazo. El está pálido, sin descomponerse, y ella nerviosa, muy asustada.) No temas; yo mismo te entregaré á tu madre. (Pausa. Teresa llora.) ¿Por qué lloras? Enjúgate el llanto, pasa las manos por tus ojos, y ábrelos, ¡ábrelos mucho para que puedas verme! ¿Te asombro, verdad? No puedes comprender que te perdone... ¿Qué importa, si evité la caída?

TER. ¡César!

CÉSAR Calla, calla siempre.

TER (Entre dientes.) ¡Perdóname!... No supe lo que hice... Eduardo me llamaba...

CÉSAR ¿Por qué no te pidió á tu madre? ¿Por qué me engañásteis? ¿Para qué necesitabas engañarme? ¿Para qué?... (Pausa. Teresa sigue llorando, sin responder.) ¿Callas ahora que debieras hablar? Hablaré por tí. Eduardo es uno de tantos vividores, á quienes la sociedad recibe sin preguntarles qué son ni á dónde van. El, pidiendo tu mano, hubiera sido despedido; robándola, será suplicado para que te dé su nombre: recoge la herencia de tu padre, y el vividor se convierte en caballero, que la mancha del robo con la mancha de tu honra se limpió...

TER. ¡Perdóname!

CÉSAR ¿Para qué te habré cogido si no para perdonarte? Para perderte, ibas bien...

ESCENA XVI

DICHOS y EVA

EVA (Apareciendo en la puerta del salon.) ¡Teresa!

CÉSAR Aquí.

EVA (Aparte á César.) ¿Y Eduardo?

CÉSAR ¿Qué nos importa? Huyó al verse sorprendido.

TER. ¡Perdón!...

CÉSAR ¿De qué?... Es una calumnia eso que decían... Tú no sabes quién es ese hombre... Tú estabas aquí, con Eva, á su lado... ¿Verdad, Eva, que estuvo con usted?

EVA (Comprendiendo la intención de César.) Conmigo.

CÉSAR Y ahora los murmuradores, que bajen la cabeza, que se humillen ante tí, que te vean con Eva, con quien estabas, con quien estás... Enjuga... enjúgate ese llanto...

EVA Sí, Teresa; conmigo. César no miente. ¿Por qué habia de mentir? Ni perdona, pues, si hubiese delito, hay un culpable que nunca merecerá perdón, y ese no es el culpado, si no el medio en que vive, las circunstancias que le rodean, la educación que le dieron...

CÉSAR (Aparte.) ¡Gracias, Eva!

EVA ¿Quién á quien?

ESCENA XVII

DICHOS, LA SEÑORA VIUDA DE VALDÉS, MAGDA, HERMINIO y DON RICARDO

S. VAL. (Que viene del salón apoyada en Magda. Al ver á su hija da un grito, corriendo hacia ella.) ¡Teresa! (Magda, Herminio y don Ricardo, asombrados, se detienen un instante en el foro.)

MAG. (Alejándose de la señora de Valdés.) ¿Conque no fué cierto?... ¿Conque la tenemos aquí?... Ya decía yo... ¡Se precipitan tanto los malos pensamientos!

EVA Teresa estaba conmigo.

MAG. (Bajando púdicamente la voz y reuniéndose en el primer término con su hijo y don Ricardo.) ¡Para el que lo crea! Esta viudita es capaz de todo. ¡Pero cualquiera evita la campanada!

HER. ¡Lean ustedes mañana *High-life!*

CÉSAR (Que le ha oído, volviéndose nervioso.) ¡Líbrete Dios de hacer lo que estás pensando!

MAG. ¡Qué atrevimiento!

RIC. Vamos, Magda; el coche nos espera.

HER. ¡Ah! ¡Si no nos esperase, ya diría yo cuatro palabritas al agresivo César!

CÉSAR Pero no es ocasión de despreciar el coche.

HER. (Saludando fríamente á César.) Ya nos entenderemos.

CÉSAR Me parece que no. (Magda del brazo de don Ricardo y Herminio detrás, salen ceremoniosamente, y en el foro izquierda se despiden de Eva, que vuelve á acompañar á la señora de Valdés y á Teresa, las cuales se habrán dirigido al salón.)

ESCENA XVIII

EVA y CÉSAR

EVA (Haciendo ademán de despedirle.) César...

CÉSAR No, no me despida usted. Antes hemos de hablar; es preciso que hablemos.

EVA ¿Para qué? (Pausa.)

CÉSAR Está usted sola en el mundo, sin nadie que la proteja...

EVA Para mi honor me basto yo; para mi libertad, me sobra con la ley.

CÉSAR La ley ampara á las mujeres... pero la ley no es siempre respetada.

EVA ¿Vuelve usted á dudar?

CÉSAR Si dudase no estaría aquí. Espero... por usted. Mi madre aguarda á una hija. «¿Vendréis?»—Me preguntaba al conocer mis proyectos de boda.—«¿Es buena? ¿Te quiere?» Y repetía: «¿Vendréis, verdad?»—«¿Vendremos.»—Contesté. ¿Cómo voy solo? No, solo no; con usted. ¿Con quién mejor?

EVA Conmigo, imposible, César.

CÉSAR ¡Pero si quiero yo!...

EVA ¡Querer! Eso nos falta: querernos. Y aún así... (Oyese dentro el vals que toca la orquesta. Iriarte aparece en la puerta del salón.)

CÉSAR ¡Sí nos queremos! ¡Si nos queremos mucho, como nadie!... (Apasionado.) ¿Verdad que quieres que te quiera?

EVA ¡César!...

CÉSAR ¡Dilo tú también; dí que me quieres!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS é IRIARTE

IRIAR. (Que ha ido bajando al proscenio poco á poco y bendiciéndolos cómicamente al observar que César tiene las manos de Eva entre las suyas.) *Benedicat vos omnipotens*... etc. Enhorabuena. Interrumpí el idilio... ¡Se continuará! ¿Vamos, César? El último vals se extingue. ¡No seas egoísta! Eva se debe á sus invitados, y tú me debes un poema...

CÉSAR (A Eva, con pasión.) ¿Hasta mañana?...

EVA (Encerrando todo su amor en la frase) ¡Hasta siempre! (Sigue oyéndose el vals.)

TELON

Al buen éxito de *Eva* contribuyeron con su tantas veces reconocido talento todos los intérpretes de la obra, cuyos ensayos dirigió VITAL AZA, el genial y popularísimo literato, á quien el autor de esta comedia nunca podrá agradecer bastante cuanto por él ha hecho.

Los ejemplares de esta obra se all
de venta únicamente en el Despacho Ce
tral, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta